

JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON

El canon oculto



Una nueva biblioteca de Alejandría
para la ciencia

CRÍTICA

JOSÉ MANUEL SÁNCHEZ RON

EL CANON OCULTO

Una nueva biblioteca de Alejandría
para la ciencia

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: abril de 2024

El canon oculto. Una nueva biblioteca de Alejandría para la ciencia
José Manuel Sánchez Ron

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan continuar desempeñando su labor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© José Manuel Sánchez Ron, 2024

Iconografía: DAU, Grupo Planeta

Se han realizado todos los esfuerzos para contactar, identificar y recabar la autorización de los propietarios de los copyrights. Con todo, si no se ha conseguido la autorización o el crédito correcto, el editor ruega que le sea comunicado y se corregirá en ediciones posteriores.

© Editorial Planeta, S. A., 2024
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 78-84-9199-638-5
Depósito legal: B. 2.020-2024
Impresión y encuadernación: Estella
Printed in Spain - Impreso en España



I

LA ERA DE LOS MANUSCRITOS

EL ALBA PROFESIONAL DE LA MEDICINA

El *Corpus Hippocraticum* (siglos v-iv a. C.)

De entre el variado conjunto de las ciencias que han creado y desarrollado los seres humanos, tres sobresalen por ser las primeras: la astronomía, la matemática y la medicina.

El interés y el placer que se obtienen al observar «los cielos», el cosmos, un interés y un disfrute que se nutren del sabor y la conciencia de lo misterioso, de lo arcano, constituyen algo semejante a un atavismo en los seres humanos. ¿Quién no ha dirigido su mirada hacia el cielo nocturno y se ha preguntado qué hay ahí, cómo pudo surgir, qué son esas lucecitas que brillan y parpadean en el firmamento? Más aún, tras la invención de la agricultura —allá por el Neolítico y con toda probabilidad en la región mesopotámica conocida como Creciente Fértil (por su forma, parecida al cuarto creciente de la Luna), una zona que hoy pertenece a Israel, Líbano, este de Siria, sudeste de Turquía, norte de Irak y oeste de Irán— y dado que entre las tareas de la nueva práctica se encontraba ejecutar una serie de operaciones (tales como la siembra de semillas) que era preciso planear con meses de antelación, los agricultores se vieron obligados a pensar en cómo establecer sistemas de cómputo del tiempo, esto es, calendarios. Mirarían entonces al cielo con un interés renovado y aprenderían a correlacionar la aparición de ciertas constelaciones por las noches, los ciclos de la Luna o la altura alcanzada por el Sol durante el día con las épocas de siembra, de cosecha, de sequía o de lluvias. Así nació la astronomía. Y una vez nacida ésta era inevitable (lo veremos) que se plantearan modelos para sustentar el cada vez mayor número de observaciones realizadas. Observaciones y modelos que, con posterioridad, encontrarían su camino y su hogar en tablillas de arcilla, monumentos de piedra, papiros y otros tipos de manuscrito y, al fin, en libros.

En cuanto a la matemática, surgió porque era inevitable y necesario contar, y quien cuenta hace matemática, aunque sea muy elemental.

La medicina se inició con los intentos de remediar o aliviar los males (enfermedades o percances traumáticos) que por desgracia aparecían. De las ideas y

remedios que se utilizaban en los albores de la humanidad, cuando la palabra escrita aún no había encontrado hueco para sustituir a la oralidad, poco ha sobrevivido. Esos conocimientos, enriquecidos por la experiencia personal, se incardinan en un conjunto de recomendaciones, «recetas» y explicaciones, que para nosotros son extrañas, pero que, en definitiva, son saberes médicos, denominado *Corpus Hippocraticum* («Colección hipocrática»), recogidos en una colección de alrededor de sesenta tratados atribuidos a Hipócrates de Cos (c. 460-370 a. C.). Son «los libros de Hipócrates, el cual fue el primero que compuso excelentísimamente los preceptos de curar», se lee en el libro vigesimosexto, «Loa de Hipócrates», del tomo IIa de la *Historia natural* de Plinio el Viejo (*Historia* que nos aparecerá en un capítulo posterior).

Poco se conoce de la biografía de este médico legendario, aunque parece que su padre también ejerció esta disciplina. Enseñó en Cos y sabemos que viajó extensamente por Grecia y que gozó de una fama excepcional durante su vida, como muestran los pasajes que se refieren a él en escritos de, entre otros, Platón o Aristóteles. Parece que contribuyó de manera significativa al conocimiento médico, aunque es difícil determinar cuáles de los tratados que se incluyen en el *Corpus Hippocraticum* (ninguno de anatomía) es en realidad obra suya. De hecho, es seguro que en este *Corpus* coexisten textos procedentes de escuelas y épocas diferentes, es probable que en su mayoría de Cnido y Cos, dos localidades cercanas de la costa sudoeste de la actual Turquía.

Son muchas las recomendaciones, menos las explicaciones, que aparecen en los tratados hipocráticos, los cuales constituyen el primer sistema de medicina empírica basada en la experiencia clínica, un sistema que ejerció una profunda influencia en el pensamiento médico occidental. Particularmente influyente fue una idea que se encuentra en uno de los textos, *Sobre la naturaleza del hombre*, cuya autoría se suele adjudicar a Polibio, yerno de Hipócrates, en la que se caracterizaba a los individuos sobre la base de la existencia de cuatro flujos orgánicos (*humores*): sangre, flema, bilis negra (*melancolía*) y bilis amarilla (*cole*). En consecuencia se establecía que la influencia dominante de uno de esos humores era responsable del tipo de persona: sanguínea, colérica, fleumática y melancólica. El desequilibrio de los humores (*discrasia*) era la causa de las enfermedades y la curación se conseguía al reducir el principio dominante mediante, por ejemplo, sangrías y purgas (cuyos efectos negativos, si no mortales, sufrieron los pacientes durante dos milenios) y reforzar el principio contrario. Así, contra la fiebre debida a la bilis amarilla, cálida y seca, se prescribían baños de mar, que aumentaban la flema húmeda y fría. En el caso de



un exceso de flema, el tratamiento consistía en permanecer en la cama y beber vino.

También nos ofrecen los tratados hipocráticos la preocupación por estudiar las enfermedades en relación con el ambiente. «Todo el que quiera aprender bien el ejercicio de la medicina —se indica en uno de los textos— debe hacer lo que sigue: primeramente, considerar las estaciones del año y lo que puede dar de sí cada una, pues no se parecen en nada ni tampoco se parecen sus mudanzas; después considerar los vientos, cuáles son los calientes y cuáles los fríos; primero los que son comunes a todos los países y luego los que son propios de cada región. Debe considerar también las virtudes de las aguas, porque así como difieren éstas en el sabor y en el peso, así también difiere mucho la virtud de cada una. De modo que cuando un médico llega a una ciudad de la cual no tiene experiencia, debe considerar su situación y en qué disposición está respecto de los vientos y del oriente del sol.» La idea subyacente en este enfoque es la de la fuerza curativa de la naturaleza, fuerza que el médico favorecía mediante medicamentos (la «dieta» entendida en un sentido amplio, como régimen de vida) y, si era necesario, cirugía.

Importante, asimismo, es señalar que Hipócrates (o los autores cuyas obras le adjudicamos a él) fue el primero en rechazar la intervención divina en la aparición

y curación de los enfermos. En aquella época, pocos sanadores lo hacían, ya que la mayoría de ellos creía en un mundo organizado según «reglas» establecidas por alguna divinidad. Semejante creencia se veía estimulada por los fracasos de los remedios utilizados, al igual que en épocas posteriores. Así, la misteriosa epidemia que afectó a Atenas y a otras partes de Grecia entre el 430 y el 427 a. C. ayudó a extender el culto a Asclepio, que terminó por superar a Apolo como el dios griego más importante para la curación (aparece incluso en la *Iliada*, en los libros III y IV, en este último en boca del rey Agamenón).

En lo referente a la anatomía, al tratar de las fracturas Hipócrates mostraba un buen conocimiento de la inserción de los huesos. De las partes blandas tenía ideas confusas, cuando no equivocadas: no distinguía las venas de las arterias y creó la voz *nervio* para referirse al tendón. Concebía el cerebro como una glándula que producía un fluido viscoso. Uno de los autores del corpus hipocrático descubrió las válvulas del corazón, pero no pudo explicar su función.

Otro de los rasgos que sobresalen en la medicina hipocrática (uno que procede sobre todo de la escuela de Cos) es la atención a la historia clínica, la descripción minuciosa y detallada de lo que acontece al enfermo, un elemento que desde entonces configura de manera universal la práctica médica. Y no podemos, como es natural, dejar de recordar el famoso juramento hipocrático, que ha pervivido en el mundo médico, no por supuesto en su literalidad y poder normativo, sino por lo que representaba de comunidad restringida.*

Juro por Apolo médico, por Asclepio y por Higía, por Panacea y por todos los dioses y diosas, tomándolos por testigos, que cumpliré, en la medida de mis posibilidades y mi criterio, el juramento y compromiso siguientes:

Considerar a mi maestro en medicina como si fuera mi padre; compartir con él mis bienes y, si llega el caso, ayudarle en sus necesidades; tener a sus hijos por hermanos míos y enseñarles este Arte, si quieren aprenderlo, sin gratificación ni compromiso; hacer a mis hijos partícipes de los preceptos, enseñanzas orales y demás doctrinas, así como a los de mi maestro, y a los discípulos comprometidos y que han prestado juramento según la ley médica, pero a nadie más.

Dirigir el tratamiento con los ojos puestos en la recuperación de los pacientes, en la medida de mis fuerzas y de mi juicio, y abstenerme de toda maldad o daño.

No administrar a nadie un fármaco mortal, aunque me lo pida, ni tomar la inicia-

* *La medicina hipocrática*, estudio preliminar de Pedro Laín Entralgo, selección, traducción y notas de José Alsina, Eulalia Vintro y Teresa Sallnet (Instituto Arnau de Vilanova, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1976), pp. 177-178.

tiva de una sugerencia de este tipo. Asimismo, no recetar a una mujer un pesario abortivo; sino por el contrario, vivir y practicar mi arte de forma santa y pura.

No operar ni siquiera a los pacientes enfermos de cálculos, sino dejarlos en manos de quienes se ocupan de estas prácticas.

Al visitar una casa, entrar en ella para bien de los enfermos, manteniéndome al margen de daños voluntarios y de actos perversos, en especial de todo intento de seducir a mujeres o muchachos, ya sean libres o esclavos.

Callar todo cuanto vea u oiga, dentro o fuera de mi actuación profesional, que se refiera a la intimidad humana y no deba divulgarse convencido de que tales cosas deben mantenerse en secreto.

Si cumplo este juramento sin faltar a él, que se me conceda gozar de la vida y de actividad profesional rodeado de la consideración de todos los hombres hasta el último día de mi vida; pero si lo violo y juro en falso, que me ocurra todo lo contrario.

Para finalizar este primer capítulo, ofreceré dos ejemplos de lo que se suele aceptar como *Corpus Hippocraticum stricto sensu*. El primero trata *Sobre el pronóstico*:*

I. Me parece excelente que el médico practique el pronóstico, pues si previamente conoce y declara ante sus pacientes el presente, pasado y futuro de sus dolencias, y les habla en detalle de todo cuanto éstos han omitido, creerán que es él quien mejor conoce esos casos, de modo que los enfermos confiarán a él para su tratamiento; y, además, si conoce de antemano el futuro valiéndose de los síntomas presentes, podrá llevar a cabo mejor el tratamiento y aplicar el más adecuado.

Ahora bien, restituir la salud a todos los enfermos es cosa imposible; y sin duda fuera mejor eso que simplemente predecir el futuro del mal, pero dado que los hombres mueren, unos antes de llamar al médico debido a la gravedad de su dolencia, otros inmediatamente después de llamarlo (sobreviven un día o poco más), antes que el médico haya podido atajar cada dolencia con su arte, por todo ello es necesario reconocer la naturaleza de tales enfermedades, establecer en qué medida superan la resistencia del organismo humano y aprender a predecirlas. De esta manera logrará un justo prestigio y será un médico eficaz. Pues cuanto más tiempo invierta en determinar el modo de atajar cada emergencia, tanto más capaz será de librar del peligro a aquellos que tienen probabilidades de curación, y, al mismo tiempo, no se le podrá imputar responsabilidad alguna si prevé de antemano y predice quiénes morirán y quiénes mejorarán.

* *La medicina hipocrática, op. cit.*, pp. 301-304.

II. En las enfermedades agudas hay que realizar las observaciones siguientes: ante todo, examinar el rostro del paciente y considerar si presenta un parecido con el de las personas sanas, y, de modo especial, si tiene su aspecto de siempre. Si ello es así, será el mejor síntoma; en otro caso será un signo muy peligroso. Este último presentará los rasgos siguientes: nariz afilada, ojos y sienas hundidas, orejas frías y contraídas, lóbulos vueltos hacia fuera, la piel de la frente dura, tensa y reseca, la tez amarillenta y oscura. Si en el comienzo de la enfermedad el rostro presenta tales características y aún no es posible emitir un pronóstico completo a base de los demás síntomas, hay que preguntar si el enfermo ha padecido insomnio, si ha tenido una fuerte diarrea, si tiene apetito. En el caso de que conteste afirmativamente a cualquiera de esas preguntas el peligro debe considerarse menor; la crisis aparecerá en un día y una noche si el rostro del paciente presenta ese aspecto debido a las causas indicadas. Si el enfermo no confirma ninguna de esas preguntas y no se presenta la mejoría en el tiempo señalado, hay que saber que tales síntomas son fatales. Y si el rostro continúa presentando tales características transcurrido ya el tercer día de la dolencia, hay que hacer las mismas preguntas antes mencionadas y examinar también los demás síntomas del cuerpo en general, y el de los ojos: si éstos evitan la luz, si lagrimean sin querer, si se desvían, si uno ofrece un tamaño más pequeño que el otro, si la parte blanca enrojece y aparece lívida, si presentan venitas negruzcas, si aparecen legañas en torno a las pupilas, si están inquietos, prominentes o muy hundidos, si las pupilas están secas y sin brillo, o si la tez, en su totalidad, está alterada, todos estos síntomas mencionados deben considerarse malos y mortales. Hay que examinar también si los ojos están parcialmente abiertos durante el sueño, pues si lo blanco del ojo se deja percibir a través de unos párpados entreabiertos, y ello no por efecto de una purga o de una diarrea, sin ser ésta su forma habitual de dormir, el síntoma es desfavorable y mortal. Si párpados, labios y nariz se curvan y devienen lívidos conjuntamente con otro de los demás síntomas mencionados, la muerte está cerca. Los labios entreabiertos, colgantes, fríos y muy blancos son también signo de muerte.

Mi segundo ejemplo son algunos de sus *Aforismos*:*

Todas las enfermedades se dan en todas las estaciones, pero algunas son más propensas a darse y a agravarse en determinadas estaciones.

En efecto, en primavera, melancolías, locuras, epilepsias, flujos de sangre, anginas, corizas, ronqueras, toses, lepras [para los médicos griegos, afecciones de la piel simi-

* *Tratados hipocráticos*, edición de María del Águila Hermosín Bono (Alianza Editorial, Madrid, 1996), pp. 123-124, 132, 140-141.

lares a la psoriasis o a un eczema], líquenes [alteraciones de la piel en las que aparecían manchas costrosas de color azulado], alphas [afección cutánea en la que aparecían numerosas manchas blancas], muchísimas erupciones ulcerosas, tumores y dolencias de las articulaciones.

En verano se dan también algunas de las enfermedades anteriores además de fiebres continuas, causón [fiebre ardiente], tercianas, vómitos, diarreas, afecciones en los ojos, dolor de oídos, ulceraciones de la boca, putrefacción [septicemia generalizada] de los genitales y sudores.

En el otoño se dan la mayoría de las enfermedades del verano, además de fiebres cuartanas, erráticas, hinchazón del bazo, hidropesías, consunciones, lenterías [diarreas en las que las heces son líquidas y muestran alimentos sin digerir], ciáticas, anginas, dificultades respiratorias, íleos [inflamación de los intestinos, retorcimiento de las asas intestinales], epilepsias, locuras, melancolías.

En invierno, pleuritis, perineumonías [dificultades en la respiración], letargos, corizas, ronqueras, toses, dolores de los costados, pecho y región lumbar, dolores de cabeza, vértigos, apoplejías.

Otro:

Si a un enfermo aquejado de fiebre continua y que ya está sin fuerzas le sobreviene un escalofrío, es un síntoma mortal.

Y mi último ejemplo:

Debe aplicarse el frío en los casos siguientes: cuando hay o va a haber hemorragia, no en el sitio por donde la sangre fluye sino en la zona de su entorno, en inflamaciones o hinchazones superficiales cuyo color se inclina a un tono rojo y sangrante debido a la sangre reciente, en éstas aplíquese, porque las inflamaciones no recientes el frío las pone negras. También en casos de erisipela [inflamación y enrojecimiento de la piel acompañada de fiebre] no ulcerada, pues cuando hay úlcera el frío daña.

Como se ve, se trataba sobre todo de descripciones, acompañadas, como en el último ejemplo, de algunas recomendaciones. Y es que la medicina siempre ha sido una ciencia y una técnica muy compleja, que tuvo que esperar mucho (básicamente hasta el siglo XIX) para convertirse en una disciplina auténticamente científica.

En cuanto a la forma en que el corpus hipocrático superó la barrera del tiem-

po y la precariedad de los manuscritos, se cree que se debe a las numerosas copias que se hicieron de los diversos tratados, hasta que en el siglo XVI, una vez disponible la imprenta de tipos móviles, se publicó en Roma en 1525, en la casa de Franciscus Minutius Calvus, una edición, traducida del griego al latín, de la obra hipocrática: *Octoginta volumina*. La iniciativa y el correspondiente trabajo corrieron a cargo del filólogo, humanista, matemático y médico Marco Fabio Calvo (c. 1440-1527), de Ravena, un amigo de Rafael, el gran pintor, para cuyo uso había traducido la *Arquitectura* de Vitrubio, y quien también compuso el primer mapa arqueológico de la antigua Roma (*Antiquae urbis Romae cum regionibus simulachrum*, Roma, 1527). Para preparar su trabajo sobre Hipócrates, Calvo utilizó un manuscrito del siglo XIV del texto griego, que él mismo poseía, y también un códice del siglo XII. El manuscrito que preparó para la edición, así como su copia del texto griego, se conservan en la biblioteca del Vaticano.

Un año después de esta edición en latín, esto es, en 1526, se publicó en Venecia, en la Imprenta Aldina (fundada en 1494 por Aldus Manutius), editada por Franciscus Asulanus, la edición príncipe en griego de la *Omnia opera Hippocratis*.* Se basó en un manuscrito del siglo XV, que se conserva en la Biblioteca Nacional de Francia en París, e incorporó correcciones de un segundo manuscrito, en la actualidad en la Biblioteca Marciana de Venecia, que había pertenecido al cardenal Basilio Besarión (1403-1472), con lo que se fijó el número de tratados del *Corpus*.

* La Editorial Aldine es famosa en la tipografía, entre otros motivos por haber introducido las letras *itálicas*.